

Magisterio chiapaneco: la democracia como un modo de vida

SUSAN STREET

La rebelión organizada de los campesinos indígenas de Los Altos de Chiapas ha dado voz al pueblo mexicano para anunciar su decisión de no tolerar ya las injusticias que vienen sufriendo los expulsados y excluidos de los procesos de modernización capitalista. Gracias a ella, se vislumbran el fracaso del neoliberalismo y la necesidad de optar por un modelo económico incluyente, y de arrancar una verdadera transición democrática del país, donde la participación de las mayorías no quede reducida a una función electoral. El "dolor social" que nos aqueja a todos por el sacrificio de los que tomaron las armas como último recurso para gritar su condición de sujetos dignos, ahora necesita traducirse en acciones concretas que coadyuven a la formación de sujetos democráticos.

Ante el clamor generalizado por resolver —de fondo— los problemas sociales de Chiapas (y por generar un patrón de desarrollo que los deje de reproducir), no olvidemos las experiencias de organizaciones democráticas chiapanecas, porque en ellas se han venido gestando alternativas de democracia directa apropiadas para la misma realidad regional. Después de todo, y dentro de un esquema de exigencia de derechos, son los participantes en los movimientos sociales y sus organizaciones los que se han encargado —de manera pacífica en un medio de hostigamiento gubernamental continuo— de modificar estructuras caducas y construir procesos formadores de nuevas culturas políticas.

Tal es el caso de los maestros federales chiapanecos, quienes durante los años 80 democratizaron la sección 7 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE). Estos maestros son origen y parte de las movilizaciones de maestros disidentes organizados en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE). Pero en Chiapas las demandas por aumento salarial y democracia sindical superaron la forma de protestas para transformarse en un verdadero movimiento de masas. Este movimiento dio el im-

pulso para destruir el sistema corporativista de control operante desde la Secretaría de Educación Pública y el SNTE, y para crear nuevos procedimientos verdaderamente integrados de las bases en la elección de dirigentes y en la gestión sindical. Sus logros sindicales son de sobra conocidos. Aquí sólo se destacan algunos sentidos culturales novedosos de la democratización que emprendieron los maestros: a través de su movimiento y que hoy en día resultan particularmente relevantes.

Para los maestros chiapanecos la

base del movimiento. "Soy de la base", "actuamos como base", y "los dirigentes respetan a la base", son algunas frases típicas ilustrativas de ese orgullo que venía de sentirse incluídos y de ser los "formadores del consenso". El actuar unidos como gremio está en el fondo de una creencia generalizada de que "el movimiento es de justicia para el magisterio".

Además, tampoco tenía mucho caso que la democratización se avocara a modificar procedimientos que después correrían el peligro de ser



Foto: Francisco Olivera

democratización restringida al pur terreno sindical, en sus funciones de regulación del conflicto entre patrón y trabajadores, no tenía sentido alguno, porque su enajenación histórica los había reducido a un estatus de "objeto", negándose la más mínima dosis de dignidad humana. En este sentido, la democratización tuvo un primer momento liberador, de dignificación, ciertamente una precondición para cualquier participación en el diálogo y la argumentación. Y, efectivamente, los maestros vivían el movimiento como su posibilidad de realización como seres humanos, es decir, lo experimentaban como una comunidad ideal. Maestros de base, por ejemplo, encontraban una nueva forma de ser a raíz de su fusión con la

readaptados como mecanismos de control por los líderes. Era necesario, pero no suficiente, "...darle todo el poder a las bases, que ellas supieran decidir... que fueran los mismos compañeros los que dijeran qué hacer y cómo hacerlo", como dijo un dirigente chiapaneco. Más que basarse en la modificación de las prácticas sindicales (que sí tuvo lugar), la consolidación del movimiento en un sujeto social democrático se debió a que los maestros entendían la democracia en sus partes sustantivas. Esto es, idearon y aplicaron una nueva normalidad, que a su vez permitió gestar una identidad cultural distinta. La particularidad cultural del movimiento chiapaneco fue la creación de una ética política que, como un sis-

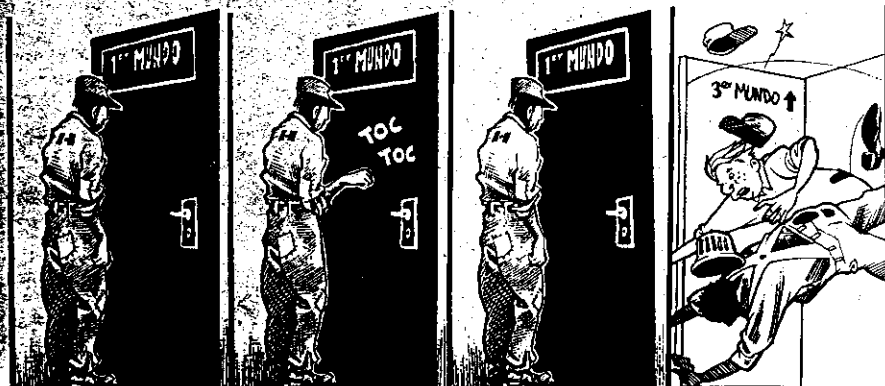
tema axiológico completo, se convirtió en interlocutor (de manera diferenciada) tanto para los dirigentes como para las bases. Esto significa que la identidad gestada al interior del movimiento asumió la forma de una ética y cumplió la función de un ideal normativo, rebasando así una de las limitaciones de la democracia liberal.

Para los maestros, entonces, la democracia es sobre todo una forma de ser, un modo de vida. Ser democrático no repara solamente en el apego a ciertos procedimientos en la toma de decisiones sindicales, es la identificación o la adhesión a un conjunto de valores cuya apropiación no puede ser más que culturalmente vivida. El concepto clave de esta ética es el de reciprocidad y su valor primordial es el respeto: respeto a los derechos de los trabajadores y respeto al movimiento y al individuo. Lo expresó un dirigente indígena al explicar que la participación de maestros indígenas en el movimiento "...se debió al maltrato, ya en su límite, de las autoridades... de ahí que los maestros desarrollamos una amplia visión de lo que era en sí el movimiento de hacer valer sus derechos, de ser respetados".

Democratización de las relaciones de poder significó para los maestros rechazar el esquema de dominación-subordinación que regía la relación entre representantes y representados. Lo dijo mejor una maestra chiapaneca: "Lo bonito (del movimiento) es que te das cuenta que ya no son los jefes a quienes no puedes hablar; ahora podemos hablar con las autoridades, ya tuvimos cómo defenderlos, antes eran jefes, ahora son los mismos compañeros; esto es lo más bonito: tener un trato directo y abierto". Los maestros sustituyeron el concepto de autoridad con base en la jerarquía por uno sustentado en una racionalidad no instrumental, sino valorativa. Su "ética de reciprocidad" sólo es eficaz en condiciones objetivas de relaciones igualitarias. Pero además el concepto de reciprocidad cuenta con un contenido culturalmente relevante, en tanto se arraiga en herencias indias sobre la manera de ejercerse, de "ser lajan" (en tojolobal). Las nociones como las de respeto mutuo, de compartir responsabilidades y tareas que fortalecen al grupo en su totalidad, sustentan un concepto de la verdad que tiene un carácter dialógico al privilegiar el proceso de llegar al consenso.

Mucho podemos aprender de las experiencias históricas como las de los maestros para buscar soluciones de fondo que sean culturalmente relevantes, esto es, gestadas por el pueblo mismo en sus múltiples expresiones organizativas. Reconstruir el tejido social de las comunidades indígenas y del campesinado implica ante todo reconocer a los actores emergentes y sus maneras muy particulares de luchar por convertirse en sujetos democráticos. No hay, pues, un sólo concepto de "democracia" como si ésta fuera una política implantada desde arriba y desde afuera. Un primer paso sería conocer y reconocer la especificidad histórica de los múltiples significados de la democracia y dejar ser a "los de abajo".

SORPRESA ■ Helguera



* Investigadora titular en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), donde realiza una investigación empírica sobre el tema. Como antecedente, ver su libro *Maestros en movimiento; transformación en la burocracia estatal (1978-1982)*.